

ropéo. Cabrera tocaba al apogeo de su gloria. El aventurero tortosino recibía, con una carta autógrafa de su soberano, los entorchados de Teniente General. El hijo del patron del barco, *el gato de mar* de una trincadura del Ebro, era nombrado Título de Castilla y podía firmar con el dictado de Conde de Morella.

Cabrera no pensó en perseguir á Oráa, que pudo rehacerse bastante tranquilamente sobre Alcañiz. Á los cuatro dias, y cuando se le creía aún saboreando su victoria de Morella, aparecía inesperadamente el General carlista á veinte leguas, al pié de los muros de Valencia. Las damas que se hallaban bañándose en el Cabañal, tuvieron que huir desnudas y despavoridas, de sus escuadrones, ántes que allí hubiera llegado la noticia de su triunfo. La rica huerta de Valencia sufrió entónces el más horroroso saqueo. El espanto se apoderó de toda aquella comarca. Valencia cerró aterrada sus puertas, por las cuales durante tres dias no salió una persona. En ninguna parte encontró resistencia. Víveres, cosechas, rebaños, yeguas, dinero, un inmenso botin fué el producto de esta expedicion. Cabrera se apresuró á volver á Morella para almacenar el fruto copioso de sus merodéos, atravesando sin obstáculo con un inmenso bagaje por entre las columnas de Borso y del General en Jefe.

Á los cuatro dias de su victoria se hallaba, como hemos visto, cuatro jornadas al Sur. Á otros tantos de su regreso á Morella amenazaba á Falset, veinte leguas al Norte, con la esperanza de un rico botin, ya que no sea con la de la ventaja con que la fortuna quería coronar su triunfo sobre los esfuerzos de Oráa.

Supo el General Pardiñas, que mandaba la tercera division del ejército del Centro, el movimiento del nuevo

Conde de Morella, y halagado con la idéa de vengar del desastre sufrido el honor de las armas constitucionales, estimulado con la indignacion de ver retirarse á un ejército respetable delante de las que se habian llamado hordas de bandidos, trató de disputarle el paso, y al frente de seis mil hombres de buenas tropas le salió al encuentro, el 1.º de Octubre, entre Flix y Maella, de cuyo último punto había salido el General cristino.

No rehusó Cabrera la batalla: aunque con menores fuerzas, esperó á pié firme, y dió á sus tropas la señal de resistir con denuedo. Trabóse el combate, encarnizado y sangriento. Peleaban nuestras tropas en el deséo de vengar un revés; los de Cabrera con el empeño de no deslustrar sus glorias; mas al fin de dos horas de fuego, las filas carlistas empezaron á ceder. El ala izquierda empezó á replegarse, y el movimiento de retirada se comunicó á toda la línea. Cabrera se vió perdido. Haciendo un movimiento desesperado, avanza por medio de los suyos, gritando: «Cobardes, me abandonais?... pues bien, yo voy á morir solo enmedio de los enemigos!»—«No iréis solo, mi General, le respondió el Jefe de un escuadron aragonés: vuestros aragoneses os siguen tambien.» A estas palabras, el Coronel vuelve caras, y su escuadron se lanza furiosamente sobre la izquierda del enemigo, que retrocede delante de este inesperado movimiento. El bizarro Pardiñas, viendo aquel desórden, se arroja por aquella parte á la cabeza de su Estado Mayor. El Coronel aragonés corre á él, y le atraviesa de una lanzada. Su Estado Mayor, acometido por toda la caballería carlista, vuelve grupas. Cabrera, que había podido reunir á los fugitivos, carga en aquel punto con todas sus fuerzas. La muerte de Pardiñas difunde el desaliento y la

consternacion por todas las filas. Piden cuartel, y son hechos prisioneros. Eran cinco mil. De toda la division sólo pudieron salvarse escasos dos mil hombres.

Este desastre elevó á su colmo la fama y el terror de Cabrera, y agravó la consternacion en el ejército de la Reina. Era el General Pardiñas uno de sus más bizarros, de sus más queridos Jefes: su vida, una de las más gloriosas esperanzas del ejército español. Joven, rico, instruido, generoso, valiente hasta la temeridad, é ilustrado con el triunfo que pocos meses ántes había conseguido sobre la expedicion de D. Basilio, su muerte fué sentida y llorada con sincero y amargo duelo, de un extremo al otro de la Península.

Ahora hemos tenido dolorosos motivos para consolarnos de su triste pérdida. Al fin murió con gloria; sucumbió en el campo de batalla. Al recordar el temple de su carácter, y sus idéas políticas, pensamos que, de haber vivido, hubiérase podido ver envuelto en la desgracia de otros Generales que rivalizaban con él en juventud, talentos y bizarría. Podría hallarse expatriado como Concha, Pezuela y O'Donnell, nombres entónces, como el suyo, ilustres. Podría haber muerto con el nombre de traidor como Borso, con la calumnia de regicida como Leon. ¡Oh, sí!... mejor ha muerto él en los campos de Maella!—No podemos llorarle ya.

Más triste fué la suerte de sus desgraciados compañeros. Cabrera, segun su costumbre, hizo fusilar bárbaramente á la mayor parte, y los que sobrevivían hizo que sufriesen en los depósitos tan crueles tratamientos y tan lentos martirios, que podían envidiar la suerte de los que de una vez sucumbían al plomo y á la lanza de sus vencedores. Noventa y seis sargentos de la division

de Pardiñas fueron fusilados en el Forcall: cuarenta heridos que se habían transportado al convento de Maella, sufrieron igual suerte: cincuenta soldados de caballería del Rey fueron alanceados sin misericordia; y la guarnicion del fuerte de Villamalefa, que por entónces cayó tambien en su poder, fué igualmente pasto de la sed de sangre que aquejaba á los vencedores.

Los pueblos, por su parte, abrasados de venganza al oír la relacion de tales crímenes, especialmente aquellos en que predominaba el partido de la Reina, y en que había Milicia Nacional, quisieron corresponder á aquellos hechos de barbarie con otros no ménos sangrientos. Los prisioneros carlistas que había en Zaragoza, en Teruel y en otros puntos fortificados, fueron asesinados tambien en represalias. Esta palabra funesta empezó á sonar de boca en boca, como un grito de sangre que mutuamente se enviaban de un campo al otro, cristinos y carlistas. Las familias ó parientes de los que seguían á Cabrera, los vecinos reputados sus adictos ó que profesaban opiniones carlistas, fueron en muchos pueblos inmolados en sangrientos motines á la exasperacion de los Nacionales.

Una valla de sangre se alzó entre ambos partidos. Mal decimos valla: un ancho foso, por donde corría mezclada, con mengua de lo que se llama humanidad y civilizacion del siglo, la de millares de inocentes de ambos partidos. Cabrera había jurado que por cada carlista fusilaría él diez cristinos; y hombre era él de no faltar á tales juramentos. Casi todos los prisioneros que tenía en su poder, sellaron con su sangre aquel terrible voto.

Era preciso poner un término á esta situacion. El General Van-Halen, que había sucedido á Oráa en el mando del ejército del Centro, no había podido atajar á su

llegada aquella bárbara alternativa de matanza y de sacrificios. Acaso no está exento de haber autorizado algunos. No era su carácter el más á propósito para entrar en vías de humanidad, y notorias fueron las disensiones suscitadas entre él y el General Borso, por haber querido obligar á este á fusilar los prisioneros á quienes en el campo de batalla había prometido la vida <sup>1</sup>. Ofició, sin embargo, Van-Halen al General carlista, echándole en cara sus horrores y atrocidades, y Cabrera no se quedó corto en las recriminaciones y dicitos con que contestó.

Nada produjeron estas contestaciones más que un bando espantoso de Van-Halen, sistematizando las represalias, que puede figurar dignamente al lado de las órdenes del día del General faccioso. Todavía fuera disculpable si aquella medida fuera seguida de operaciones capaces de contener, de amenazar siquiera al caudillo carlista. Pero aquellos anuncios de sangre eran fanfarronadas ridículas en boca de la impotencia. Van-Halen no tenía fuerzas ni elementos para contrarrestar el poderío de Cabrera. Este era entonces el verdadero Capitan General de aquellos reinos.

Las operaciones militares, durante toda la administracion de Van-Halen, no pudieron ser otra cosa que la defensa local de algunos puntos fuertes, y la fortificacion de algunos otros, que podían ser defendidos, hecha casi enteramente por las mismas poblaciones interesadas. Así que sus arrogantes amenazas no podían atenuar la inhumanidad de sus enemigos, ni merecer la aprobacion del Gobierno, que contemplaba los sucesos á mayor altura.

<sup>1</sup> Sabidas son las cuestiones que sostuvo el General Pezuela por salvar la vida á sus prisioneros de Chestre; de cuya batalla ha tomada posteriormente su título.  
(N. del C.)

Tomóse, pues, desde más alto la represion de estas atrocidades, y la regularizacion de una guerra, en la que no dar cuartel, sobre ser una barbarie, redundaba en perjuicio del partido, casi siempre vencido entónces. D. Carlos, que había elevado á Maroto, General del partido moderado carlista, al mando supremo de sus ejércitos, envió comisionados y comunicaciones á Cabrera con el fin de que se aviniera á poner un término á aquel sistema de sangre y horrores. Van-Halen, por su parte, hubo de prestarse á iguales intimaciones. El tratado de Elliot se hizo extensivo á la guerra de Aragon y Valencia; y el General que con tanto desprecio y desden había tratado á Cabrera, hubo de poner su firma en un convenio en que le reconocía como Teniente General, y en que se le daba el título de Conde de Morella.

Reinaba entónces tranquilamente el General tortosino en sus vastos dominios. Desde su fortaleza de Morella tenía bajo su dominacion casi una cuarta parte del territorio español. Su ejército ascendía entónces á cerca de 20,000 hombres y 800 caballos. Su tren de artillería constaba de 40 piezas. Tres Generales de valor y mérito, hechura suya, uno de ellos casado con su hermana, é identificados con sus intereses, su causa y su vida, eran los jefes de sus divisiones. Forcadell, Llangostera y Polo eran sus nombres, nombres que se habían hecho ya respetables y temidos. Todavía pudiera haber sido mayor la fuerza de su ejército; pero no tenía armas: las había solicitado con empeño; había trabajado con ardor infatigable y poderosa actividad para procurárselas; había logrado, en fin, que se le enviaran dos remesas desde Inglaterra; pero fué desgraciado en esta parte, porque los dos buques que las conducían vinieron á caer uno tras

otro en manos de los cruceros destinados á su captura.

De todos modos, era entónces formidable su poder. Hemos dicho ya que todo lo que contra él se podía intentar eran defensas locales de pueblos amenazados. Así, que los hechos de armas de todo este período, se reducen á la defensa de Villafamés, y al mal éxito que tuvo una expedición de Llangostera y Forcadell á la huerta del Júcar. Pero estos hechos parciales ninguna fuerza daban á nuestra causa, ni mella alguna podían hacer en la suya. Cada día que pasaba, se consolidaba su dominio, é iba en aumento el prestigio de su autoridad.

Van-Halen quiso un momento salir de este estado de inerte defensiva, y atacar el fuerte de Segura, que se levantaba tremolando el pabellon de Cabrera sobre gran parte de Aragon. Llevóse tambien numeroso tren de artillería, de Zaragoza: abundantes convoyes de víveres: gran cantidad de recursos se pusieron á disposicion del General hispano-belga. Pero todo en vano. No fué más dichoso Van-Halen delante de Segura que Oráa delante de Morella. No se mostró Cabrera ménos activo, ménos intrépido, ménos inteligente que en aquella ocasion. El sitio se levantó; Van-Halen fué llamado á dar cuenta de su conducta: Cabrera continuó triunfante. Sus expediciones llegaban desde Valencia á la Mancha. La línea de sus plazas fuertes avanzábase ya hasta la provincia de Guadalajara, hasta ménos de dos jornadas de la capital de la Monarquía.

Al Gobierno de la Reina no se le habían ocultado los peligros de esta situacion. Había conocido y previsto bien la posibilidad de lo que ahora sucedía, y la necesidad de organizar un ejército respetable para las provincias de Aragon y Valencia. Bajo la inspiracion de este pensa-

miento, se habia formado el ejército de reserva, á las órdenes del General Narvaez. Cómo este proyecto abortó, no es este el lugar de referirlo: en algunas de las demás biografías que nos proponemos escribir, le tendrá oportuno y señalado. Ahora bástenos saber que aquel ejército y aquel plan se desvanecieron como una ilusion, ante la voz poderosa del que ya quería ser solo en la guerra, para serlo despues más todavía en la paz. No era ya el Gobierno quien podía enviar un ejército, y nombrar un General para batir á Cabrera. El General en Jefe del Norte lo creyó de su atribucion exclusiva.

El General O'Donnell fué destinado á mandar el ejército del Centro. Fundáronse grandes esperanzas en su nombramiento, esperanzas justamente apoyadas en su valor, en su pericia militar, en sus talentos, en el conocimiento de la guerra civil, que habia podido adquirir en el Norte. El mismo Cabrera concibió recelos y temores de su jóven y bizarro competidor. O'Donnell fué recibido como el salvador de Aragon y Valencia, y empezó en efecto gloriosamente sus operaciones, haciendo retirar á Cabrera de delante de Lucena y de Táles, en cuya toma habia hecho formal empeño; pero á pesar de esta ventaja, las esperanzas que el mismo O'Donnell abrigaba no eran, sin duda, las que podía fundar en sus propios recursos. Al salir de las Provincias Vascongadas habia visto cuán mal parados iban allí los negocios de D. Carlos, y la posibilidad de un desenlace favorable al triunfo de la causa liberal.

Sabia él que no se le destinaba á triunfar de Cabrera. El General en Jefe del ejército del Norte se reservaba esta gloria. La mision de O'Donnell era ganar tiempo, reanimar algun tanto el espíritu público, infundir espe-

ranzas y organizar tropas. En efecto, á su llegada al que se llamaba ejército del Centro, no había tal ejército. Él lo creó. Aquellas tropas habían estado como abandonadas á su suerte. Las derrotas las habían desmoralizado, y el ejército del Norte nada dejaba al Gobierno con que poder atender á la subsistencia de aquellos soldados, harto más desatendidos y maltratados que las que se llamaban hordas de Cabrera. El que los hubiera visto entónces, y hubiera presenciado un año despues el desfile que la Reina Gobernadora miró desde los balcones del último palacio donde residió en España, hubiera admirado seguramente los talentos y trabajos del General, que de tal manera había casi improvisado un brillante ejército.

En tanto, Cabrera, á quien nunca había podido abatir la desgracia, ni vencer afamados é ilustres Generales, rendíase al peso de su propia actividad, y de los esfuerzos de una naturaleza agotada. Háiale postrado una enfermedad grave, que puso en cuidado á todos los que le rodeaban, y en peligro su vida. Faltáronle de repente sus fuerzas; perdió la energía del pensamiento; desfallecía rápidamente; una calentura lenta le devoraba: se consumía, se moría, y no sabían de qué. Cabrera padecía lo que más ó ménos han llegado á padecer los hombres, que recibiendo toda su fuerza del poder de la voluntad, se consagran por espacio de algunos años á una vida de exaltacion y de continuo trabajo, que por algun tiempo sostiene sus fuerzas, pero que los devora y los gasta al fin.

Cabrera tenía una de aquellas enfermedades de que han sido víctimas tantas existencias revolucionarias. La enfermedad de Cabrera era como la de Masaniello, como la de Mirabeau, como la de Hoche, como la de D. Pedro

de Portugal: el cansancio, el desfallecimiento. Los cuidados más asíduos, la asistencia más esmerada, le fueron prodigados para salvarle. Catorce médicos rodeaban su lecho, y se hacían diariamente rogativas públicas para que el Todopoderoso prolongase una existencia tan preciosa á los ojos de los que le miraban como su salvador. Los que han despreciado á Cabrera, y le han tenido por un hombre comun, podían volver sus ojos á este período de su existencia, en el cual un gran pueblo y un numeroso ejército veían consternados que en el día de su muerte no tendría sucesor.

La temida crisis política se iba realizando en el Norte, y no podían ser desconocidos en Morella los tratos que mediaban entre los Jefes del ejército vascongado y el General de la Reina. En aquel inminente recelo de una defeccion, de un convenio, los que rodeaban á Cabrera fijaban con dolor sus miradas en su lecho. Su única esperanza, el hombre á quien los apuros no desalentaban, á quien los reveses engrandecían, el hombre que no podía transigir, el hombre del entusiasmo, del fanatismo, del terror, estaba en él postrado, próximo á perecer, y á perecer con él su causa. El hombre que así la representaba, el hombre cuya vida era la vida de su partido, merecía la importancia que le daban.

Varias veces se anunció la nueva de su muerte; y no era demasiado infundada esta noticia, porque varias veces estuvo á punto de sucumbir. Las desarregladas costumbres de su juventud primera, que había conservado en la vida militar; los excesos y placeres con que alternaba las penosas fatigas de sus campañas; la tension continua de un espíritu, que no dejaba por el trabajo material las ocupaciones no interrumpidas de administra-

cion, gobierno y direccion de los negocios de su Estado, y las diplomáticas intrigas y relaciones con la córte del Pretendiente; por último, las muchas heridas que, pródigo de su persona y de su sangre, había recibido en casi todas las acciones de cuenta en que se había hallado, tenían arruinada hasta tal punto su constitucion, que si parecía posible que resistiera á la crisis del mal, no parecía probable que soportara la postracion y languidez de una penosa convalescencia.

Así algunos meses fueron para él una constante agonia. Luchó, empero, con la muerte como con la desgracia. Acaso si entónces hubiera vencido, hubiera muerto al mismo tiempo, como D. Pedro de Braganza: dióle vida todavía su voluntad indomable. La necesidad de hacer un esfuerzo desesperado reanimó su existencia. Jamás le había abandonado el pensamiento de su causa y de sus negocios. En el lecho de la muerte y batallando con las últimas congojas, gobernaba todavía; daba órdenes, era el Jefe.

Postrado aún, pero vivo, se hacía llevar algunas veces en silla de manos á la vista de sus tropas y del pueblo; y su semblante pálido, pero risueño y tranquilo, sus ojos, cuya vivacidad fascinadora no había podido apagar de todo punto la intensidad del mal, reanimaban en los suyos el valor y la esperanza, que no habían desaparecido de su corazon. Era entónces verdaderamente Cabrera una personificacion harto exacta, una verdadera efigie de la causa carlista.

Esta sucumbía. Había llegado el momento de que la ilusion de D. Carlos se desvaneciera. Su partido carecía de hombres y de bandera, porque el hombre no había sido digno de su partido. D. Carlos debía ser el símbolo

del poder fuerte, el representante de la unidad monárquica; y su ejército, su córte, su campamento, eran la revolucion y la anarquía. Faltó á los suyos el entusiasmo, porque faltó el porvenir, y le abandonaron. Su impotente resistencia, sus ridículas perplejidades precipitaron su caida; y el 31 de Agosto de 1839 sus tropas y las provincias que habían sido teatro de tan obstinada querella, reconocieron el Gobierno de la Reina Cristina y los derechos de Isabel II en los campos memorables de Vergara.

D. Carlos, seguido de algunos fieles y decididos navarros, no tuvo en aquellos instantes ni el valor de las mujeres, el valor de la desesperacion. Pudo abrirse paso hasta el Maestrazgo: quedábanle todavía las tropas de Aragon, de Valencia y Cataluña; quedábale Cabrera, y con D. Carlos hubieran pasado á las tierras del Maestrazgo muchos Jefes que, ya no por entusiasmo político, pero sí por el fanatismo del honor, por la religion de sus juramentos, no habían querido mezclar su nombre á lo que la política podía llamar una necesidad, y la Nacion un acontecimiento venturoso; pero que la escrupulosa moral podía presentar bajo el aspecto de una defeccion traidora. D. Carlos, ménos leal á su partido que sus generosos paladines, nada hizo sinó descender tristemente las vertientes del Pirinéo, como Boabdil los cerros de Padul.

Cabrera quedó solo, abandonado á su suerte. Todo el ejército del Norte, el Duque de la Victoria á su frente, ochenta mil hombres, más de seis mil caballos, cien piezas de artillería, todo esto, que hubiera bastado en poder de Anibal, de César, de Alejandro, ó de Gonzalo de Córdoba y de D. Juan de Austria para conquistar la

Europa, se puso en movimiento para atacar al que llamaban todavía Jefe de bandidos. Y no cayeron sobre él para aplanarle de repente con tan formidable aparato. Diez meses tardó todavía la pacificación completa.

Al anuncio de estos preparativos, de la sumisión de Maroto y de la retirada del Pretendiente, varios Jefes de su cuartel general, y aun él mismo, recibieron comunicaciones, en que se les hacía presente la necesidad de concluir la guerra, y lo inútil de toda resistencia. Cabrera reunió su consejo, manifestó el estado de los negocios, y á par de las eventualidades de la lucha, la posibilidad de entrar en negociaciones. Á estas palabras Llangostera y Forcadell se levantaron desatentadamente diciendo que no querían oír tratar de posibilidad ni de asomo de avenencia.

Saliéronse del salón, y Cabrera cerrando las puertas, añadió á los circunstantes: «Mejor; aquí no queremos locos;» y continuó en consultar tranquilamente con los demás Jefes y Oficiales, de los cuales no todos fueron del mismo parecer, y algunos manifestaron los inconvenientes de seguir la guerra, y las ventajas de una capitulación. Cabrera levantó la sesión; mandó en seguida fusilar á todos los que habían emitido opiniones de paz; publicó un bando para que todo el que pronunciara la palabra de convenio fuera irremisiblemente pasado por las armas; trazó una línea de circunvalación al rededor de sus posiciones, de las que mandó desalojar á todos los habitantes en el radio de una legua, y por medio de destacamentos que patrullaban por esta frontera, fusilando á toda clase de personas que se atrevían á pisarla, se aisló del resto del mundo y esperó la acometida de sus contrarios, reorganizando sus tropas, haciendo atrincherar

todas las gargantas y fortificar todas las rocas que rodeaban á Morella y Cantavieja. Fuera de aquel recinto nada se traslucía de sus operaciones y de sus planes. Solamente sobre la explanada del castillo de Morella y sobre las nevadas alturas de la sierra del Maestrazgo, veíase ondear una bandera negra, con harto tremenda y siniestra significación.

El invierno fué rigoroso; las cumbres se coronaron de nieve; los caminos se hicieron impracticables. El General Espartero movió su ejército formidable, pero no embistió. A una legua de Castellote, y teniendo á su frente, como en anfiteatro, la línea de fortalezas de Cabrera, asentó su campamento en el Mas de las Matas, y aguardó una estación más benigna para emprender las operaciones militares, distrayéndose acaso de los óbicos de esta dilación en combinaciones y proyectos políticos. Cabrera por su parte, rompiendo su silencio, había publicado una proclama que la Historia debe consignar, y que trasladamos aquí. Dice así:

«Voluntarios: Las armas alevosas de que la revolución se vale contra los valientes, han alejado al Rey de nuestra Patria, y cogido en redes infames un ejército de héroes. ¡Eterna ignominia cubrirá á los indignos españoles, que con descarada impudencia, y á una con los enemigos, han trabajado por más de dos años en inutilizar la noble sangre, que con envidiable gloria ha derramado la fidelidad en los campos vasco-navarros! Si las palabras venenosas de *paz, hermandad y humanidad*, etc., etc., con que los traidores han podido engañar á nuestros hermanos, llegasen á vuestros oídos, abominad de ellas y avisadme. ¡No hay otra paz que la que no tardará en dar á la España entera nuestro amado Soberano el Sr. D. Cár-

los V, nunca más ilustre que cuando parece más desgraciado!

Voluntarios: Me conocéis, y os conozco. La indignación, no el desaliento, se ha apoderado de mi corazón, como de los vuestros, al saber los sucesos del Norte, y ansío el momento en que poderos decir desde el campo: «Ese que tenéis en frente es el ejército que, envanecido con sus glorias postizas, pretende asustaros con su número y aparato: aquel es el General á quien una vil traición hizo Conde, y manejos todavía más traidores y torpes han prestado el título ridículo de Duque de la Victoria.»

¡Voluntarios! Me engañaría mucho si el coraje que siento en mi pecho, no le viese hervir en el vuestro en el momento, que ya tarda, de medir nuestras armas leales con las traidoras de la revolución. Este día se acerca, y vuestro General, que nunca os prometió en vano la victoria, os protesta con todas las veras de su corazón, que jamás ha presentado con más seguridad los días de gloria que os esperan.

Una ojeada rápida que mi alma da en este instante sobre mi penosa vida, me recuerda la hora en que, hace seis años, capitaneaba quince hombres, armados por mitad de palos y escopetas.... ¿Podría pensar en la serie de inauditos sucesos que se han seguido?... Pero la Providencia, que se complace en humillar á los soberbios, ha dirigido mis pasos; el Dios de los ejércitos, en cuyo nombre peleo, ha coronado con la victoria mi intención pura, y la sangre de mi inocente Madre, derramada por su gloria, obtendrá, no lo dudeis, que el ejército compuesto de los valientes y leales compañeros de su hijo, confunda para siempre la soberbia de la revolución, que ha inundado de lágrimas y sangre nuestra hermosa Pátria.

Voluntarios: ¡Fieles compañeros de mis trabajos y de mis glorias! La Religión y el Rey piden nuevos esfuerzos de nosotros; y el Rey y la Religión los tendrán. ¡Contadlos por victorias!.... Os lo promete vuestro General y camarada, á quien, como siempre, veréis pelear como capitán y como soldado.—¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!

Cuartel general de Mirambel 7 de Octubre de 1839.—  
El Conde de Morella.»

Sin embargo, su destino se consumaba. Había tal vez esperado fuerzas y socorros exteriores, apoyo de potencias extranjeras; y todo le faltó. Se halló solo, estaba enfermo, y hubo de convencerse por último de que no podía vencer sólo con su nombre las fuerzas contra él coligadas. Espartero se movió al fin. Castellote, Segura, Cantavieja se rinden á la primera acometida. Morella, aquella fortaleza, que tan gloriosamente había resistido los ardientes ímpetus de los soldados de Oráa, se entrega á discreción, y los batallones de Espartero enarbolan sobre su formidable castillo el pendón de la Reina. Cabrera se había retirado; con él la resistencia, el entusiasmo, el valor.

Al frente de doce mil hombres pasó en buen orden el Ebro, replegándose sobre Cataluña, acaso con ánimo de intentar alguna resistencia en la frontera. Todavía en este movimiento sostuvo con dignidad su posición. O'Donnell se le opuso con su división; Cabrera voló aún por última vez al campo del combate, buscando la muerte que no encontraba en su lecho. No pudo alcanzarla en su valor desesperado. El plomo de nuestras tropas sólo dejó muerto á su caballo. El bizarro O'Donnell,—acaso el único que hubiera podido vencer á Cabrera, y el único que no le despreciaba,—hizo justicia á su valor en el parte



de aquella accion, en que una bala había herido gravemente á su hermano Don Enrique.

Este encuentro fué la última despedida, el último hecho de armas del guerrero tortosino. Encerróse en Berga con sus fieles aragoneses: desde allí tendió su vista por el suelo español, y esta mirada hubo de ser para él de profundo desconsuelo. Desde allí vió á la Reina Cristina abandonar la capital de la Monarquía, y emprender con sus excelsas Hijas su viaje á Barcelona á través del mismo territorio que no ha mucho había él dominado. Todavía una division de sus tropas, al mando del intrépido Balmaseda, quiso oponerse al paso y arriesgar una intentona desesperada. El General Concha con su division recibió las órdenes de S. M. y desbarató casi á su vista las últimas avanzadas facciosas.

La Reina pasó. Llegada á Lérida, el General en Jefe recibió de sus lábios la orden de ir á atacar el último baluarte del carlismo. El 30 de Junio entró en Barcelona. El 4 de Julio el General Leon daba en Berga la última gloriosa lanzada á las tropas facciosas. ¡Leon, Concha, O'Donnell, María Cristina.... últimas personas que desalojaban á Cabrera del territorio español, que ellos no debían tardar en trocar tambien, unos por un amargo destierro, alguno por el suplicio! Cabrera les precedió poco tiempo. El 6 de Julio se hallaba sobre la frontera francesa al frente de 10,000 bravos aragoneses: 200 gendarmes estaban encargados de recibirle y desarmarle. Aquellos hombres, fieros, aguerridos y silenciosos, rodeaban tristemente á su General, se apiñaban en redor suyo, para tener el consuelo de mirarle por la vez postrera; de darle el último adiós con el último viva. Todos aquellos hombres lloraban acaso por la vez pri-

mera de su vida. Cabrera lloraba tambien. Todavía le ofrecían su sangre, su vida, y sostener la guerra y prolongar la resistencia en aquellas montañas.

Forcadell, Llangostera, Polo y los demás Jefes aragoneses estaban todavía á su lado animándole á la lucha, y ofreciéndole su brazo. Pero él no se conmovió con esta postrera explosion de entusiasmo. Vió que su destino se había cumplido, y sometióse á él resignadamente. Él, que había derramado tanta sangre de enemigos y rivales, quiso ahorrar la de sus compañeros. Jefe todavía, les dió la orden de dejar las armas. La obedecieron con respeto y resignacion, y atravesando tristemente la frontera francesa en columnas, con el mayor orden, y escoltados por doscientos hombres, su caudillo los dejó para ir á reunirse con sus dos hermanas, que le habían precedido algunos dias.

Tal es el hombre que logró en España, por espacio de tres años, una fama tan terrible. Hemos procurado pintar sus principales hechos de armas, y los rasgos más pronunciados de su carácter. Abstrayéndonos todo lo posible del espíritu de partido, no nos hemos dejado alucinar por exageraciones abultadas, ni hemos dado cabida al desprecio con que algunos le han mirado.

Cabrera no es á nuestros ojos un génio; pero no es un hombre comun: tiene un lugar en la Historia, y su figura sobresale demasiado en el cuadro de nuestra guerra civil, para que pueda borrarse en mucho tiempo de la memoria de los hombres. Cabrera,—como todos los hombres notables y los grandes Capitanes,—no aparece grande en sus principios; pero es una manera muy vulgar de considerarle la de no ver nunca en él más que al estudiante de Tortosa. Cabrera es un personaje que se crece con el tiempo

y con los sucesos. Cuanto más dilatada es la esfera de su acción, tanto más dignamente la ocupa. Cabrera no decae nunca. Los que han dicho que no se mostró digno, en los últimos tiempos, de su elevación y de su fama, no creemos que le hayan juzgado bien.

Atacado por ochenta mil hombres entusiastas y victoriosos, y reducido á sus propios recursos, la temeridad de resistir era más grande que la gloria de vencer. No somos nosotros los que le tenemos por un gigante, ni por un génio extraordinario. Los que le han enaltecido, los que le han ensalzado, fueron aquellos, que con tan formidables aprestos y tan cuantiosas sumas, y tanto número de batallones y de bocas de fuego le circunvalaron.

Léjos de nuestro pensamiento la intencion de reprobarlo, y de no aplaudir el haberse ahorrado el derramamiento de sangre preciosa en esta última campaña; pero no neguemos á cada uno su mérito individual, ni á Cabrera, vegetando hoy en el destierro, el consuelo de poderse creer de tanta valía como los que le hostilizaron.

En hechos militares rivalizó con todos, y con todos luchó, y venció á muchos; y aparte de sus cualidades de guerrero, acaso era superior á ellos todavía en la sagacidad y perspicacia para dirigir los negocios, escoger sus hombres, manejar la intriga para conservarse en la gracia constante del Príncipe que daba nombre á su causa, y deshacerse de los rivales que le eran obstáculo en su carrera.

Nosotros creemos, sí, que, apto sin duda para la posición que ocupó y para la clase de guerra que sostuvo, hubiera acaso sido inferior, y escasos sus talentos para otra clase de táctica, para campañas regulares, y al frente de capitanes entendidos en el arte difícil de las

batallas. Pero este juicio no podemos aplicarle á Cabrera sólo. De muchos que le han desdeñado se pudiera decir otro tanto.

Él, á lo ménos en su género, no carece de grandeza. Cabrera es un caudillo algo á la oriental; tiene rasgos de analogía con Abdhel-Kader, puntos de contacto con Mehemet-Alí. En las montañas de Siria, ó en las llanuras del Yemen hubiera sido un bravo y digno rival de Ibrahim-Bajá. Si hubiera vivido en tiempo de los romanos, él hubiera sido Viriato. En la Edad media, tal vez como Iñigo Arista, ó como el Conde Fernan-Gonzalez, hubiera fundado en Morella una Casa dinástica: por ménos que él empezaron algunos. Si hubiera vivido cuando se descubrió el Nuevo-Mundo, hubiera podido dividir con Cortés y Pizarro la gloria de conquistar uno de aquellos vastos imperios. Pero ni Carlos V, ni Don Juan de Austria, ni el Gran Capitan, ni el Duque de Alba, ni Alejandro Farnesio hubieran podido acaso emplearle útilmente en ninguna de sus campañas.